

## SUFRIENTOS Y ALGO MAS

SUFFERING AND SOMETHING ELSE

Luis Hornstein<sup>1</sup>

Resumo: O artigo apresenta reflexões sobre as condições relativas ao sofrimento na contemporaneidade. O autor aborda os efeitos que decorrem de uma cultura, na qual há o predomínio da felicidade e dos prazeres em detrimento dos deveres, na expressão do sofrimento humano. São explorados aspectos referentes a ética e a moral a fim de fomentar uma discussão à respeito dos elementos envolvidos na condição de liberdade do sujeito. Na reflexão desenvolvida em relação ao sofrimento aborda-se as especificidades do diagnóstico e da psicopatologia em relação à Psicanálise.

Palavras-Chave: Sofrimento, Contemporaneidade e Psicanálise.

*Abstract: This paper presents some thoughts about the conditions concerning suffering in the contemporary. The author addresses the effects of a culture in which there is a predominance of happiness and pleasures over the duties in the expression of human suffering. It is explored some aspects concerning ethics and morality in order to promote a discussion about the elements involved in the condition of liberty of the subject. On suffering it is also discussed the specificities of the diagnosis and psychopathologies about Psychoanalysis.*

*Keywords: Suffering, Contemporary and Psychoanalysis.*

“La historia se nos presenta, al igual que la vida misma, como un espectáculo fugaz, móvil, formado por la trama de problemas intrincadamente mezclados y que puede revestir, sucesivamente, multitud de aspectos diversos y contradictorios. Esta vida compleja, ¿cómo abordarla y cómo fragmentarla a fin de aprehender algo?” (BRAUDEL, 1968).

El hombre actual sufre por no querer sufrir. Quiere anestesia en la vida cotidiana. Ciertos sufrimientos sólo son preocupante cuando son desmesurados sea por la duración, sea por la intensidad. Para atenuarlos, para borrarlos, recurrimos a diversas estrategias. Existen dos alternativas opuestas: ser un fiscal que condena el mundo porque *siempre fue y será una porquería*. O un abogado defensor, porque la vida le ha dado tanto *le ha dado la vida y le ha dado el llanto*.

La moral y la felicidad, antes enemigos irreductibles, se han fusionado; lo que actualmente resulta inmoral es no ser feliz. Hemos pasado de una civilización del deber a una cultura de los placeres. Allí donde se sacralizaba la abnegación,

<sup>1</sup>Psicoanalista, presidente de la Sociedad Psicoanalítica del Sur (S.P.S.) e de la Fundación para la Investigación de la Depresión (FUNDEP).  
luishornstein@ciudad.com.ar

tenemos ahora la evasión; donde se privilegiaba la privacidad, tenemos la violencia mediática y la frivolidad. La dictadura de la euforia sumerge en la vergüenza a los sufren. Se insiste en que “tener onda” es ser chispeantes, divertidos. No sólo la felicidad constituye, junto con el mercado de la espiritualidad, una de las mayores industrias de la época, sino que es también el nuevo orden moral.

Para el diccionario, “sufrir” es “sentir físicamente un daño, un dolor, una enfermedad o un castigo; sentir un daño moral; recibir con resignación un daño moral o físico”. No dice si el sufrimiento es un capricho, ni si es evitable o no. Es obvio que hay sufrimientos inevitables. Pero no es tan obvio que también sufrimos neuróticamente. Habla, sí, de resignación, que vendría a ser “bancarse” el sufrimiento ¿Que es “resignación”? Es la renuncia a la satisfacción de un deseo, no la muerte del deseo. La rebelión dice no. La aceptación dice sí. La resignación es un proceso de duelo, demasiado comfortable para que se desee abandonarla. Demasiado triste para quedarse ahí.

Predominan los sufrimientos causado por las pérdidas (la muerte de alguien significativo, su rechazo, algun aspecto que nos decepciona). Y aquí están incluidos el despido laboral, la quiebra de una empresa comercial, los sinsabores de un proyecto. El otro está presente, aun más que en la alegría. Está presente una distancia: entre antes y ahora, entre realidad y fantasía. Eso duele. Es un dolor sano, que a veces se intenta extirpar con distintos psicofármacos con alcohol o con otras conductas de evasión<sup>1</sup>. Esas anestias son de doble filo, así como la calma chicha de ciertas corrientes orientales que decreta vanos nuestra mundanidad, nuestros afectos, nuestras preocupaciones.

Algún día, el que padeció una pérdida, el que creyó haber perdido todo, deja de sufrir o al menos el sufrimiento deja de estar omnipresente. Sin embargo, todos conocemos personas que son un continuo lamento.

Escribió Piera Aulagnier (1984): “Pensar, invertir, sufrir: los dos primeros verbos designan las dos funciones sin las cuales el yo no podría devenir ni preservar su lugar sobre la escena psíquica: el tercero, el precio que deberá pagar para lograrlo”.

Dice el tango:

“Primero hay que saber sufrir,  
después amar, después partir  
y al fin andar sin pensamiento”...

La persona que sufre tiene dificultades para “invertir”, para poner combustible al motor de su psique. “Invertir” e “invertir” a veces son sinónimos. Invierto en la carrera universitaria o deportiva de mi hijo. Invierto esperanzas y esfuerzos en una corriente política o un proyecto. Vivir es arriesgar. “Desinvertir” es el proceso inverso: retirar la inversión, el entusiasmo, el interés. La indiferencia se convierte en escudo contra las afrentas que vienen de los otros y de la realidad.

A veces son repliegues tácticos, para volver a la carga. A veces implican que uno ha bajado los brazos.

Una manifestación del sufrimiento es el aburrimiento. Cuando estamos entretenidos nuestro psiquismo nos suministra provisiones. El aburrido no tiene reservas psíquicas. O quizá sea un devorador compulsivo, al que ningún alimento sacie. Y ésta es la acusación a la “sociedad de consumo”. Una tendencia bulímica, insaciable, determinada por una tecnología que abarrota de objetos al mercado (a la vez que millones de excluidos apenas sobreviven). El aburrido busca compulsivamente bebidas, drogas, sexo y otras actividades.

### DE LA HUMILLACION A LA ACCIÓN

Las pérdidas –de una persona, de un rol o de una imagen propia– se agravan cuando entrañan humillación. La vergüenza y la ambición son respuestas posibles a la humillación. La vergüenza es inhibidora; la ambición, estimulante. Una neutraliza la acción; la otra, moviliza. El vergonzoso se esconde, el ambicioso se hace notar. La humillación oculta las violencias sufridas y genera una vivencia de ilegitimidad. Ambas actitudes se complementan y se refuerzan mutuamente (Hornstein, 2011).

La vergüenza es un sufrimiento del que no se suele hablar. Sin embargo, ponerla en palabras y describir sus diferentes aspectos permite reconocerla, nombrarla y curar sus heridas. Es un revoltijo de rabia, culpa, amor, odio, ira, agresividad, miedo. Un conglomerado de emociones, afectos, sensaciones. Afecta la subjetividad, las creencias y los valores. Puede predominar la vergüenza corporal, la sexual, la intelectual o la familiar. Y lo primero que tiene que lograr un avergonzado es no tener vergüenza de tener vergüenza. Cuando Freud presencié ciertas humillaciones sufridas por su padre (y luego por él mismo), sintió rencor pero también vergüenza de haberse avergonzado de su padre. Y se dio fuerzas con los proyectos del conquistador Aníbal. Él, tan de extramuros como el cartaginés, conquistaría su Roma. Nadie lo humillaría como al padre.

Con hierro candente o sin él, no pocas sociedades, en el pasado y en el presente, han marcado a algunos individuos por pertenecer a una identidad raza, piel, religión, situación social (por ejemplo, con el mote de “villero”), o económica o cultural. Se empieza por sentirlos extraños, extranjeros, y se termina poniendo una barrera, como si el diferente fuera contagioso. El poder jerarquiza y estigmatiza. Confiere valor a las cosas y a la gente, e inversamente, desvaloriza, invalida, excluye. La humillación es un medio para reforzar la autoridad frenando desviaciones que lo amenazan. La vergüenza confronta al sujeto evitando que se separe de ciertas normas y valores propias de su grupo. La vergüenza es índice del deseo de pertenecer a un grupo y no ser reconocido por él.

El sentimiento de identidad<sup>2</sup> tiene dos aspectos: uno personal: sentirse protagonista de su historia afirmando su propia existencia, y un aspecto social, que inscribe al individuo dentro de un grupo, una cultura, una nación, por el reconocimiento de pertenencia de sus derechos, de sus tradiciones, de sus creencias y de su ciudadanía. Se trata de una noción subjetiva, pero que alude a

la idea de reciprocidad: considerar al otro como una persona, con la misma consideración que uno tiene para “los suyos”. La necesidad de identificación y la de diferenciación son opuestas y complementarias. De dos modos se obtiene el reconocimiento: por conformidad (ser como los demás, miméticamente) o por distinción (ser distinto y hacer que los demás valoren esa diferencia). Ser como la manada es una garantía de aceptación social. Buscar el reconocimiento por distinción es más frecuente en jóvenes y adolescentes. Hay adultos que también tienen un reconocimiento por distinción. Quizá porque siguen conservando la frescura juvenil.

La vergüenza se genera en la indefensión y la dependencia del entorno. Ese estado propio del niño pequeño es el fundamento de la “necesidad de ser amado que no abandonará más al ser humano” (FREUD, 1930). La vergüenza se alimenta de esa angustia original, en particular cuando las necesidades de amor y protección no han sido adecuadamente satisfechas o cuando el medio social se ocupa de incrementarlas.

La multiplicidad de los sufrimientos que nos afectan es traumática. Nos aturde. Nos paraliza. Echamos mano a nuestros mecanismos reduccionistas. O bien, como Ulises, nos atamos al mástil salvador de la clínica.

#### DEL SUFRIMIENTO A LA ILUSION

El infantilismo y la victimización son dos modos de la irresponsabilidad. Es el intento de eludir las consecuencias de los propios actos, de gozar de los beneficios de la libertad sin sufrir sus inconvenientes. Hay quien está tan por encima de la culpa que llega a autoproclamarse mártir. “Sufro: indudablemente alguien tiene que ser el causante, así razonan las ovejas enfermizas” (NIETZSCHE, 1967).

¿Qué es el infantilismo? Tenemos derecho a tener un techo, a evitar la intemperie. Otra cosa es que un adulto pretenda la protección que se le da al niño. El infantilismo combina una exigencia de seguridad con una avidez sin límites y evita cualquier obligación.

En cuanto a la victimización es concebirse según el modelo de los damnificados. Convertirse en inimputable. Al demostrar que el ser humano es movido también por fuerzas que no conoce (lo inconsciente) Freud también proporcionó a cada cual una batería de pretextos para justificar sus actos (mi infancia desgraciada, mi madre “castradora”, mi padre ausente). Sin embargo, el hombre sigue siendo responsable y no puede excusarse por una historia desfavorable.

La infancia termina con la pubertad. Pero tiene sus reediciones en la vida adulta. Destellos que aportan un flujo renovador. Tal vez una vida más plena sea eso. No es necesario hacerse todas las cirugías ni hablar a la moda, basta con recuperar la capacidad de asombro de la infancia. Es relativamente cierto que “soñar es cosa de jóvenes”, cuando cuantitativamente “toda la vida está por delante”. La existencia sería un trayecto fatal desde la esperanza al desengaño. La vida consistiría en dejar caer las utopías, en dejar de fantasear, como si toda ilusión fuera inútil. La ilusión no es un delirio. El delirio rechaza la realidad

mientras que la ilusión la modifica. Sin ilusiones la realidad es sórdida. Al principio de previsibilidad, que juzga la vida según un programa, hay que oponerle el principio de creación por el cual el mundo desborda nuestras expectativas.

En el lenguaje corriente, ilusión quiere decir muchas cosas: creencia, fantasía, proyecto, etc. La ilusión es una representación cautiva en su punto de vista, que resiste incluso al conocimiento de su propia falsedad. Los errores saltan a la vista. Las ilusiones falsas, no. El error es una carencia (de conocimiento). La ilusión, un exceso de creencia, de imaginación. Hacerse ilusiones es tomar los propios deseos por la realidad. Puedo equivocarme sin que sea en función de mis deseos (entonces se trata de un error, no de una ilusión). La ilusión, aunque pueda ser falsa, no es un error. Es una creencia.

En 1993 postulé prototipos de formaciones de compromiso: el síntoma, el sueño y el chiste. Prototipos porque son primeros históricamente y porque representan cabalmente a los ejemplares de cada serie. Por ejemplo, en la serie del chiste, encontramos: el jugar, el humor, la sublimación, los vínculos actuales. Siete años después, esas ideas sobre el chiste como formación de compromiso tuvieron un tratamiento metapsicológico.

Freud había advertido que el chiste es un juego, y no un juego simple, que se apaga en seguida, sino un “juego desarrollado”. El chiste, la sublimación, el jugar, el humor, los vínculos son *simbolizaciones abiertas* que en el choque de repetición y diferencia permiten la emergencia de lo nuevo.

Entre sueño y chiste la diferencia más importante reside en que el sueño es un producto anímico asocial; no tiene nada que comunicar al otro. En el chiste hay placer por la actividad propia del aparato anímico, así como también ahorro en el gasto de inhibición al disminuir la contrainversión. El chiste cancela inhibiciones internas y reabre fuentes de placer. Es un “juego desarrollado”, una actividad anímica placentera y socializada. No hay chiste de consumo interno; se requiere de un otro con el que se tenga una “amplia concordancia psíquica”.

La sublimación, es también un “juego desarrollado”, con su particular alianza entre principio de placer, de realidad, de creación. He diferenciado (Hornstein, 1988) la sublimación de otros retornos de lo idealizado (idealización, fascinación, alienación, relaciones narcisistas) y de otros retornos de lo reprimido (formaciones reactivas, síntomas, pulsiones inhibidas en su fin, intelectualización, aislamiento). La aptitud para la sublimación es producto de *la identificación con la potencialidad simbolizante de los otros significativos*.

#### **DEL NARCISISMO A LA ALTERIDAD**

El otro es *lo otro*, *los otros*. Los otros cumplen diversas funciones: balance narcisista, vitalidad, sentimiento de seguridad y protección, compensan déficits, neutralizan angustias.

Pensar los vínculos. Desprenderlos de la historia le ha sido objetado a la psicología del yo. Y considerarlos mera réplica de vínculos del pasado implicaría nada menos que condenar al sujeto a ser víctima del Destino. Se tiende entonces

a pensar lo infantil como una matriz según la cual sólo lo inicial permanece y las experiencias posteriores nunca pueden ser fundantes, por más intensidad afectiva que tengan.

El vínculo narcisista no se cae, como los dientes de leche, pero coexiste con *vínculos actuales*<sup>3</sup>. Hay reconocimiento de la diferencia entre pasado y presente. Se puede investir un futuro. Se puede crear, se puede gestar. No nos bañamos dos veces en el mismo río. Cambian el río y el sujeto. La *alteración* es una condición del devenir. Uno deviene otro. La *alteridad* es la condición de los vínculos no demasiado impregnados por el narcisismo.

Amar y trabajar, decía Freud. Narcisismo trófico para no morir<sup>4</sup>. Los clásicos tienen eso: son actuales. El amor es un juego, incluso porque no siempre se gana, a diferencia del nirvana. Su espectro abarca una gama de sentimientos: el éxtasis, la dependencia, el sacrificio, la esclavitud, los celos. El amor supone que aceptemos sufrir por y a causa del otro, de su indiferencia, su ingratitud o su crueldad. En el enamoramiento todo nos encanta en el otro: después se va marchitando. Se trata del mismo individuo, pero uno soñado, deseado, esperado, ausente..., y el otro presente. El uno brilla por su ausencia, el otro es mate por su presencia. Observemos esas parejas de cierta duración. ¿Se quieren hoy más que ayer pero menos que mañana? No se corresponde a la experiencia. La ternura es una dimensión de su amor, pero no la única. Existe también la complicidad, el sentido del humor, la intimidad, el placer explorado y reexplorado, existe esa apertura y esa fragilidad de ser dos. “Hace tiempo que renunciaron a ser sólo uno” (HORNSTEIN, 2011).

Amar supone lidiar con la angustia a perder un lugar privilegiado. André Comte-Sponville señala: “El envidioso querría poseer lo que no tiene y otro posee; el celoso quiere poseer él solo lo que cree que le pertenece”. Los celos patológicos se basan en una concepción distorsionada de lo que es una relación afectiva tanto si es amorosa como de amistad. Parten de una concepción primitiva: amar consistiría en poseer y aceptar el amor de un celoso o celosa sería aceptar la sumisión a su enfermiza posesividad. ¿Pero qué querrá decir “poseer” al otro? En verdad, ¿nos adueñamos del otro? Los otros no son pasivos. Como lo sabe el que amó y no fue correspondido. Los celos acarrear sufrimiento, provocan ansiedad por la anticipación de la pérdida. *Los celosos nunca disfrutan de su alegría: se limitan a vigilarla*. El celoso teme que sus cualidades no basten para retener a su pareja. De ahí la necesidad de controlar, intimidar y aprisionar.

## DEL DESAMPARO A LA AUTONOMIA

El bebé nace indefenso. El mundo lo abrumba. La madre se dirige a él con un discurso que lentamente se va haciendo comprensible. La madre es vocera e intérprete. ¡Qué avides la del bebé! Sólo hay necesidad imperiosa. En la madre apenas se nota, hasta tal punto está transfigurada por la ternura. El niño toma; la madre da.

La organización psíquica tiene subestructuras. No son innatas. El yo, el ello y el superyó se construyeron y se siguen construyendo. Podemos describir su construcción, es un camino de ida y vuelta. Antes del yo, el cachorro huma-

no vive en un mundo indiferenciado, aunque siente los distintos ritmos de su cuerpo, el frío, el calor. Está indefenso<sup>5</sup>. Pero no lo sabe. Sus necesidades son cubiertas por los adultos. El “edificio psíquico” nunca está terminado. Se le derrumban paredes o techos. Se hacen obras de mantenimiento y obras de ampliación. Durante su larga existencia pasa por distintas etapas de habitabilidad. Los sufrimientos neuróticos perturban los vínculos y los logros, es decir, las realimentaciones. Perturban también los proyectos.

Los bebés son prematuros. Si bien no tiene que aprender a volar y cazar por su cuenta tiene que incorporar el mundo cultural, que se transmite por el habla y la escritura. Para lo cual aprenden a observar el semblante de esos seres todopoderosos que lo cuidan. Otra cosa que aprende el bebe es que sus progenitores se alegran o se irritan cuando hace algo. En los padres y en él hay, binariamente, cosas buenas y malas.

El recién nacido recibe muchas escrituras (voces, caricias, gestos, afectos). Esa mirada, esos brazos que acunan, son mensajes, estén o no acompañados de palabras. Saldrá del desamparo si conquista la autonomía. La crianza consiste en dar a un hijo primero raíces (para crecer) y luego alas (para volar). Algunos niños experimentan un equilibrio entre protección y libertad. Otros, una sobreprotección que los infantiliza.

La etapa del narcisismo es idílica. Uno está inmerso en el mundo sin siquiera saber que existe el mundo. El niño es echado del Paraíso. Y entra en la sociedad humana. La subjetivación es un proceso continuo de interiorización la lengua que hablo, las categorías de la experiencia sensible o del pensamiento de las que me sirvo, la presión de las comunidades, la pertenencia a un género, una clase.

En esta historia con muchos protagonistas, también del lado de los padres ocurren cosas. El bebé va dejando de ser una novedad, el milagro de que en un lugar vacío ahora hay alguien y muy importante. El padre y los hermanos, si los tiene, reclaman más atenciones de la madre. La madre echa de menos lo que era ser mujer sin ser madre.

El yo ideal, que comenzó respondiendo al deseo materno, avanza en su construcción identificatoria<sup>6</sup>. Y puede avanzar porque múltiples relaciones produjeron identificaciones con aquellos que sustituyeron a las figuras parentales, porque las propuestas del discurso social devinieron enunciados identificantes. El ideal del yo implica proyecto, rodeo, temporalidad. Frustraciones y gratificaciones “óptimas” impulsan al niño a desprenderse de ciertas satisfacciones y lograr otras. El ideal del yo articula narcisismo y objetividad, principio de placer y de realidad.

El yo tiene como referencia su propia historia, pero también las miradas ajenas: articulando su propio reconocimiento y el reconocimiento que le brindan los otros. Las imágenes que “devuelve” el otro acerca de quién es yo logran hacer menos angustiante la interrogación. Pero la duda está siempre presente y las certidumbres acarrear el riesgo de cierta mutilación de la movilidad identificatoria. Cada vez más los enunciados que se refieren al yo y lo definen ya no dependen del discurso de un otro, sino del “discurso del conjunto” (AULAGNIER, 1975).

El bebé está enfrentado a una doble exigencia: la del cuerpo (lo pulsional) y la de la madre, de la cual demanda amor. Esta polaridad tensional se va complejizando: lo pulsional deviene campo del deseo estructurado según las leyes del proceso primario. Pero hay otro registro que no se puede obviar: el del narcisismo. Freud lo enunció: placer en un sistema, displacer en el otro. Placer, valor, realidad marcarán los bordes al conflicto. El psiquismo tiene varios "atractores", cada uno con su origen histórico: demandas pulsionales, exigencias superyoicas y apremios de la realidad<sup>7</sup>.

Los otros van cambiando. Apenas nacidos, somos pura necesidad. Enseguida conocemos el placer de ser mimados. Después tenemos relaciones amorosas y sexuales. Después el placer del trabajo y de otras actividades. No se trata de una transición natural, sino regada por el lenguaje, la simbolización, la creatividad, que los otros nos procuraron hasta que estuvimos en condiciones de procurárnosla por nosotros mismos.

El niño va por más. Exige nuevos espacios. El primero es el familiar. Luego es, para el niño, la escuela; para el joven, los amigos, y para el adulto, el medio profesional. Un tercer espacio es lo histórico-social y, en particular, una subcultura con la que se comparten intereses, exigencias y esperanzas. Y si no queremos vivir en una burbuja, veamos qué sucede en las distintas zonas de nuestro país y en las distintas capas sociales.

¿Cuáles son las condiciones de producción de subjetividad, por qué uno es lo que es? La cultura trama prácticas, discursos, sexualidad, ideales, deseos, ideología y prohibiciones. Y a la vez la cultura las destrama. La subjetividad es biológica y simbólica. Lo histórico social impregna al niño desde el nacimiento mediante un conjunto de ideologías y prácticas que incluyen normas, valores, lenguajes, herramientas y procedimientos.

Una teoría del sujeto debe dar cuenta del pasaje-proceso desde la indiferenciación narcisista hasta la aceptación de la alteridad y del devenir. Lo hará concibiendo al sujeto no sólo identificado sino identificante; no sólo enunciado sino enunciante; no sólo historizado sino historizante; no sólo sujetado sino protagonista (Hornstein, 2000)<sup>8</sup>.

El sujeto de la modernidad ya no existe y no hay por qué resucitarlo. Era alguien conciente, transparente para sí mismo y dotado de libre albedrío, al menos en una versión rosa y retrospectiva. Hoy el sujeto flota en un mar de contradicciones. Las coerciones son muchas y variadas. Debe elegir dentro del espacio creado por las contradicciones que lo atraviesan. Nosotros, como profesionales, tenemos que elegir cuidadosamente las palabras. "Libertad", como "felicidad", dice tanto que en cierto sentido termina por decir muy poco. ¿Es libre un deprimido o un habitante de Buenos Aires? Mejor preguntémoslo (y contestemos) cuáles son sus "márgenes de maniobra".

## SUFRIMIENTOS Y MALESTARES CULTURALES

Abordar los sufrimientos actuales implica considerar las dimensiones subjetivas de los procesos sociales. La tarea concierne a diversas disciplinas.

¿Podremos intercambiar? Vean la lista de los autores leídos por Freud: poetas, filósofos, médicos, historiadores, políticos, biólogos. Vean cómo mantiene el timón en el mar embravecido de tanta lectura, que a otro llevaría al eclecticismo o a la dispersión. Un caso de coraje frente al cambio (se habla tanto de miedo al cambio).

Hay malestares en la cultura, y éstos, los nuestros, generan a veces un remordimiento erotizado cuando el psicoanalista se siente inerte si no valoriza al pensamiento como instrumento crítico-creador. El psicoanálisis tiene autonomía relativa; pero si no se establecen fecundos intercambios con aportes procedentes de otras disciplinas, esa autonomía corre el peligro de convertirse en autismo. Es en esas fronteras en que las pertinencias de los distintos discursos se encuentran donde se debe eludir la tentación de suplir las carencias conceptuales mediante la utilización de nociones vagas usadas en forma retórico-analógica.

Freud y su obra configuran una identificación que remite a una filiación simbólica<sup>9</sup>. Heredamos una tradición, cuyo núcleo es una identificación con la modalidad de interrogación de Freud: “No creo más en mi neurótica”. Ese no creer, ese no quedar fijado a lo ya dicho-ya escrito, no anuncia apatía sino creación. “Ya no creo en mi neurótica pero tengo la sensación de un triunfo más de que una derrota” (1897). Anticipa un conocimiento ulterior como premio a un trabajo intelectual que no evita la autocrítica referida a lo pensado, pero no a lo pensante; referida a lo descubierto, pero no a aquello por descubrir.

No nos resignemos a ser alelados discípulos crónicos, ni a deponer el entusiasmo, la pasión. Hay pasión cuando nos identificamos con ese Freud dispuesto a cuestionar lo dado, nunca sentado en los laureles. En cambio, si nos dejamos achatar por el gran hombre, la pulsión de saber será reemplazada por la idealización. Hay beneficios secundarios para el psicoanalista que idealiza: elude un duelo y un trabajo, que angustia cuando todavía no es coronado por una producción. El deseo de no tener que pensar es la victoria de la pulsión de muerte que convierte al pensamiento en ecolalia. Nace de una agorafobia intelectual y de un anhelo de seguridad en las certezas “teóricas”<sup>10</sup>.

El análisis de la influencia de los condicionamientos sociales sobre la historia individual esclarece los conflictos “personales”. Permite deslindar los elementos de una historia propia y los que comparte con aquello que están inmersos en similares contradicciones sociales, psicológicas, culturales y familiares. Lo social ofrece un entramado que sirve de soporte al individuo pero también gravita en la multiplicidad de sufrimientos que aquejan a nuestros consultantes. Los duelos masivos y traumas hacen zozobrar vínculos, identidades y proyectos personales y colectivos (Hornstein, 2006).

Vivir en la “sociedad de riesgo” (BECK, 1998) es enfrentar niveles de incertidumbres que cuando sobrepasan cierto monto hacen imposible imaginar un futuro. Frente al estallido de las normas tradicionales, el individuo no cuenta con una guía unívoca. Se le exige ser exitoso en diversos registros: económico, estético, sexual, psicológico, profesional, social, etc. En un mundo fascinado por el éxito, el rendimiento y la excelencia, hay tensiones fuertes entre

las metas y los logros y ello genera sufrimientos diversos.

Vivimos en lo efímero, la obsolescencia acelerada. Un modo bursátil de vivir, a la *Wall Street*. Hoy “se usa” un aire juguetón de ligereza, el compromiso *light*. Algo falla en el *pum para arriba*, que necesita drogas diversas, anabólicos, bebidas energizantes. Este “politeísmo de los valores” al decir de Max Weber, esta ausencia de brujulas éticas ¿qué sufrimientos genera? Fugacidad y frivolidad de los valores. ¿En qué o en quiénes podemos creer hoy? ¿Cómo orientarnos en este laberinto? Esa crisis no es sólo la de los marcos morales heredados de las grandes confesiones religiosas, sino también la de los valores laicos que les sucedieron (ciencia, progreso, emancipación de los pueblos, ideales solidarios y humanistas). Algunos buscan una restauración retornando a los valores tradicionales (nacionalismo, familiarismo, fundamentalismo, integrismo) o en la búsqueda de ideales *new age*. Ya no hay tampoco una tradición indiscutida de la familia (las hay ampliadas, nucleares, monoparentales, homosexuales, etc.) (Hornstein, 2011).

## ÉTICA Y MORAL

No hay una facultad “natural” que permita distinguir entre el bien y el mal. La ética no es innata sino adquirida. Le es impuesta al niño por un dictamen exterior, que paulatinamente irá haciendo suyo. Los padres bajan línea. A veces como vicarios de leyes que están en la cultura a veces como déspotas caprichosos.

El superyó es la internalización de deseos y tabúes, anhelos y prohibiciones. Tiene historia, es cambiante. El superyó “alberga la conciencia moral, la autoobservación y el ideal del yo”, escribió Freud en 1932. Hace juicios, distingue entre “bueno” y “malo”. Y no cuenta para hacerlo con ninguna facultad “natural”. Un trabajo de simbolización lo despersonalizó y al alejarlo de los objetos parentales le dio una dinámica centrífuga. “Lo malo es en, un comienzo, aquello por lo cual uno es amenazado con la pérdida” (FREUD, 1930). La autoridad se instrumenta otorgando o negando amor. Las aspiraciones acerca de lo que se debe ser y tener (ideal del yo), así como las consignas acerca de lo que no se debe hacer (superyó) están delimitadas por las aspiraciones parentales e históricos-sociales.

A esto se lo denomina “condicionalidad del amor expresado”. Lo que diferencia los distintos tipos de amor es que sea sin condiciones (haga el niño lo que haga) o con condiciones (depende de cualidades del niño). En el primer caso, el niño entiende que es amado pero este amor incondicional no lo prepara para provocar amor en personas distintas a sus padres: es el niño “mimado” (Freud, 1927). En el segundo caso, el niño sabe que el amor recibido depende (en parte) de sus características y acciones.

Las normas morales cambian de una sociedad a otra. No existe ni nunca existió una sociedad sin valores. Esos valores están y conforman la sociedad y la subjetividad. Los valores han sido desmitificados, relativizados y despreciados. Se los acusa de contingencia y de versatilidad. Pero, paradójicamente, esos muertos están vivos y la noción de valor se escribe entre líneas, cada vez más,

en nuestros discursos (Binde, 2006).

Las sociedades contemporáneas cultivan dos discursos contradictorios. Por un lado, quisieran revitalizar la moral; por el otro, exhiben su costado decadente: aumentan la delincuencia, la violencia, el narcotráfico, la drogadicción, los delitos financieros, la corrupción política y económica.

A partir de la Ilustración, los modernos sentaron las bases de una moral independiente de los dogmas religiosos, exaltando el ideal ético magnificando la obligación del sacrificio de la persona en el altar de la familia, la patria o la historia. Desde mediados del siglo XX surgió la sociedad posmoralista, que repudia el deber y propicia la felicidad.

La modernidad se caracteriza por dos fenómenos: a) En la vida cotidiana, la desaparición de "Dios" como explicación del mundo y el despliegue de la ciencia y la tecnología, la masividad de la educación superior y la revolución de la información y la comunicación que otorgan un lugar central a la vida intelectual. b) Un estado de inquietud provocado por las conmociones continuas, tanto tecnológicas como sociales, políticas y culturales. Sintetizando sus ejes son: 1) La certeza de que la ciencia es infalible. 2) La apología del desarrollo tecnológico. 3) La absolutización de la razón. 4) La creencia de que el progreso es lineal e ininterrumpido.

Los postmodernistas dicen que los grandes relatos han muerto<sup>12</sup>. Es cierto que nadie cree ya en un Progreso que desemboque en una suerte de paraíso terrenal. En la postmodernidad se rechazan las certidumbres de la tradición y la costumbre, que habían tenido en la modernidad un papel legitimante. El pensamiento postmoderno atrajo al comienzo a las minorías (mujeres, afroamericanos, homosexuales, etc.), con su entusiasmo por el derecho a ser diferente. Sigamos buscando, porque el mero alentar las diferencias nos conduciría a un pulular de soledades. "Dios ha muerto, el sujeto ha muerto, y yo no me encuentro nada bien", decía un grafiti.

Confundir moral y ética es suprimir la libertad. El sujeto ético no se somete a reglas por temor a una sanción, sino porque está convencido de su valor y de su legitimidad. Y esta adhesión es lo que confiere a la ética toda su fuerza. Foucault define la ética como una forma de relación del individuo consigo mismo que le permite constituirse en sujeto de una conducta moral. No define la ética en relación con una ley, lo que sí sucede en el caso de la moral. El sujeto moral debe ajustarse a una ley preexistente, mientras que el sujeto ético se constituye sólo por su relación con la ley a la que adhiere. En la ética así definida, la libertad retoma sus derechos, incluidos los de desobedecer cualquier ley, reglamento u orden que fueran contrarios a su ética. La "obediencia debida" en tal caso no tiene cabida.

La ética no le dice a un individuo lo que debe hacer, no le exige aprobar una visión del mundo; a lo sumo, le indica en qué casos tiene el deber de decir no. La ética y la moral pueden enfrentarse y permitir así a cada individuo el ejercicio de su libertad.

La moral es un discurso normativo e imperativo que opone el Bien y el Mal, considerados como valores absolutos o trascendentes. Está formada por obligaciones y prohibiciones: es el conjunto de nuestros deberes. La moral responde a la pregunta: “¿Qué debo hacer?”. Se pretende una y universal. Una ética responde a la pregunta: “¿Cómo vivir?”. Siempre es relativa a un individuo o a un grupo.

#### SUFRIMIENTOS, CONFLICTOS Y DSM IV

Si uno no mira para otro lado, la clínica lo confronta con los sufrimientos del paciente actual, que no es el de Freud ni el de Lacan. Nuestro paciente presenta un cóctel con algunos de los siguientes indicadores: oscilaciones intensas de la autoestima y desesperanza, apatía, hipocondría, trastornos del sueño y del apetito, ausencia de proyectos, crisis de ideales y valores, identidades borrosas, impulsiones, adicciones, labilidad en los vínculos, síntomas psicósomáticos.

Marean la cantidad de partidos que se presentan a las elecciones, la cantidad de corrientes psicoanalíticas y psicoterapéuticas no psicoanalíticas, la cantidad de indómitos sufrimientos que no se dejan arrear fácilmente a los tres corrales (neurosis, perversión, psicosis). Ante el mareo hay soluciones baratas y caras. Las caras evitan el reduccionismo pero nos obligan a pensar.

*El Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales*, conocido como DSM, es uno de los intentos de evitar el mareo. Fue ideado para encontrar un mínimo común divisor, un esperanto, entre distintas corrientes de la psiquiatría y la psicología. Soslayando el conflicto instaló la paz, una paz que se parece a la del sepulcro.

Esquemáticamente, hay dos psicopatologías. Una admite causas y la otra no. Entre las que admiten causas e investigan cómo dilucidarlas, está la psicopatología psicoanalítica. Sin descuidar los síntomas, se zambulle en la turbulencia de los conflictos. Hace más de cien años que navega. La otra psicopatología es de orientación neokraepeliniana. Pone entre paréntesis o directamente omite la interrogación sobre cómo llegamos a lo que llegamos, para soslayar los desacuerdos intenta elaborar criterios estandarizados que describan síndromes. Su monumento es el DSM.

A veces los diagnósticos hacen olvidar que estamos en una intrincada selva y no en un cómodo safari. La psicología se ocupa de pasiones y sufrimientos. El DSM IV no ha logrado aquietarlos, los ha anestesiado mediante categorías que tranquilizan al psiquiatra, pero no aquietan las tormentas subjetivas.

La clasificación del DSM-IV no tiene en cuenta personas sino “síndromes”. Es una clasificación *ateórica* y *descriptiva* porque solo hace un inventario de síntomas. La finalidad del DSM IV es mejorar la *fidelidad*. La fidelidad permite que ante un mismo paciente dos clínicos arriben a un mismo diagnóstico y es una condición para la investigación epidemiológica. Se necesitaba disponer de herramientas para seleccionar a los pacientes que participarían en los ensayos

clínicos, a fin de probar nuevos medicamentos psicotrópicos<sup>12</sup>.

La psicopatología es tan sólo un bosquejo que ayuda a aprehender algo de una realidad que se resiste al intento de encasillamiento. “Ya la primera mirada nos permite discernir que las constelaciones de un caso real de neurosis son mucho más complejas de lo que imaginábamos mientras trabajábamos con abstracciones” (FREUD, 1926).

Los casos “puros” no abundan. ¿Existe la pureza? Todo lo que vive ensucia, todo lo que limpia mata. El agua pura es agua sin mezcla, y, por lo tanto, es un agua muerta, lo cual dice mucho sobre la vida y sobre una cierta nostalgia de la pureza.

### EL SUFRIMIENTO DEPRESIVO

Para muchos autores las depresiones son “el mal del siglo” y responsabilizan al estrés y a la crisis de ideales de la sociedad contemporánea. Y ante ello, la sociedad entera (no sólo los laboratorios) ofrece al sufriente soluciones mágicas. Los útiles medicamentos antidepresivos se convierten en artificiales píldoras de la felicidad y en un medio carcomido por la droga los deprimidos se vuelven “toxicómanos legales”. Tal vez porque se desprecia la tristeza, se prescriben antidepresivos incluso a los meros desdichados.

La tristeza es un sentimiento fundamental así como la alegría. Si en la alegría nos sentimos plenos, en la tristeza hay una pérdida de vitalidad. La depresión y la tristeza, ambas, implican una pérdida o el fracaso de un emprendimiento personal. Pero son diferentes. La depresión implica una disminución de la autoestima y la tristeza no. Por eso postulé la autoestima como indicador. La autoestima, esa noción mal mirada<sup>13</sup>. E insistí en la noción de *valor del yo*. Para poder entender las depresiones, hay que estar atentos a la relación yo/superyó, a los baluartes narcisistas y la tramitación de duelos y traumas. (Hornstein, 2006).

El amor no tiene un meollo. La depresión tampoco. Es decir, los fenómenos psíquicos (las depresiones, el amor, etc.) son complejos. El terapeuta puede establecer una cabeza de playa, pero no desembarca en Normandía. Desembarca, por ejemplo, en el tramado del sujeto con sus valores y metas. Y desde allí sigue explorando.

La autoestima es un estuario turbulento. No es para menos, porque los ríos que desembocan en ella son la infancia, las realizaciones, la trama de relaciones significativas, pero también los proyectos (individuales y colectivos) que desde el futuro nutren al presente. La hacen fluctuar la sensación (real o fantaseada) de ser estimado o rechazado por los demás; el modo en que el ideal del yo evalúa la distancia entre las aspiraciones y los logros. Al mismo tiempo, la satisfacción pulsional aceptable para el ideal (directa, inhibida en su fin) y la sublimación la elevan. Así como la imagen de un cuerpo saludable y suficientemente estético. Y al mismo tiempo la afectan la pérdida de fuentes de amor, las presiones superyoicas desmesuradas, la incapacidad de satisfacer las expectativas del ideal del yo. Y naturalmente, las enfermedades y los cambios corporales indeseados.

La autoestima es lo que pienso y siento sobre mí mismo, no lo que piensan o sienten otras personas acerca de mí. Mi familia, mi pareja y mis amigos pueden amarme o admirarme y aun así puede que yo me vea como alguien insignificante. Puedo ofrecer una imagen de seguridad y aplomo y aun así temblar por sentirme inadecuado. Puedo satisfacer expectativas de otros y aun así sentirme un fracasado. Conseguir el éxito sin lograr una autoestima consolidada es sentirse un impostor y sufrir esperando que la “verdad” salga a la luz. El síndrome del impostor es crónico en personas con baja autoestima que piensan que no merecen el reconocimiento logrado<sup>14</sup>.

¿Quién soy? ¿Cuáles son mis cualidades? ¿Cuáles son mis éxitos y mis fracasos, mis habilidades y mis limitaciones? ¿Cuánto valgo para mí y para la gente que me importa? ¿Merezco el afecto, el amor y respeto de los demás? ¿Estoy trabajando bien? ¿Descuidé a mis personas queridas? ¿Aporto algo a la comunidad? ¿Mi vida es acorde a mis valores?

La autoestima resulta del entramado nunca fijo, siempre renovándose, de reconocimientos y proyectos compartibles y compartidos. Es posible tener una buena autoestima en el terreno intelectual que contrasta con una frágil en lo afectivo. Contiene facetas con cierta autonomía: laboral, afectiva, intelectual, corporal, sexual. Es difícil que ciertos fracasos no irradian sobre otros sectores. Por suerte, también irradian los logros.

En las personas con baja autoestima el temor a engañar a los demás transforma los aplausos en dudas constantes. Se dedican más a la protección de su autoestima que a su despliegue, más a la prevención de los fracasos que al asumir riesgos.

Las personas se evalúan a sí mismas según su habilidad en la ejecución de tareas, su concordancia con los patrones éticos y estéticos, la forma en que otros las aman o aceptan y el grado de poder que ejercen. La estima malherida se repara. Como las ciudades europeas después de la guerra. Se repara o se reconstruye. Cuando se reconstruye es porque algo había quedado: el terreno.

¿Por qué la angustia frente a la pérdida de amor del superyó es tan avasallante en las depresiones? Entender su predominio implica dilucidar cómo se construyen el yo, el superyó y el ideal. En las depresiones dos elementos nunca faltan: una pérdida y la consecuente herida narcisista. El trabajo del duelo se traba. Si predomina lo mortífero, lo actual será apenas sombra. Fijaciones excesivas, duelos no elaborados, predominio de la compulsión de repetición, viscosidad libidinal, son distintos sitios donde podemos detectar y desactivar lo mortífero.

Los deprimidos presentan múltiples sufrimientos: pérdida de energía e interés, sentimientos de culpa, dificultades de concentración, pérdida de apetito y pensamientos de muerte o suicidio. La inhibición y la pérdida de interés son los síntomas clave. Otros signos y síntomas son los cambios en las funciones cognitivas, en el lenguaje y las funciones vegetativas (como el sueño, el apetito y la actividad sexual).

Cuando hablan los deprimidos muestran una visión pesimista de sí mismos y del mundo. Y en su fuero interno sienten impotencia y fracaso. Hay pérdida de la capacidad de experimentar placer (intelectual, estético, alimentario o sexual). La existencia pierde sabor y sentido. Están agobiados y ansiosos. En tanto agobiados buscan estímulos. En tanto ansiosos buscan calma, como un insomne busca dormir. Lo dicen o lo dan a entender. “*No tengo futuro*”. “*No tengo fuerzas*”. “*No valgo nada*”. Están agobiados por todas partes: la temporalidad, la motivación, el valor.

No siempre el varón expresa la alteración del estado de ánimo a través de síntomas psíquicos como la tristeza, la labilidad emocional o la ideación depresiva. Por eso la depresión masculina puede pasar inadvertida cuando el profesional no advierte que se está manifestando como fatiga, astenia, dolores difusos, cefaleas, insomnio, pérdida de peso. Incapaces de identificar las emociones y expresarlas con palabras, sólo mencionan síntomas físicos. Mas que tristeza lo que predomina es la irritabilidad. No todos los hombres deprimidos son “calladitos” y viven en mortecino abatimiento. Algunos ocultan el vacío interior con el ruido de la violencia, el consumo de drogas o la adicción al trabajo.

Algunos pensadores del primer mundo y la “opinión ilustrada” no ven con buenos ojos encontrar diferencias entre varones y mujeres, como si el encontrarlas implicara su naturalización. Las investigaciones sobre los géneros se preguntan por las condiciones de producción socio-históricas de la subjetividad. El género no es universal sino propio de determinada cultura. Los varones son criados en nuestra sociedad para ser exitosos y restringir la expresión de emociones. Deben controlarse y son forzados a expresarse mediante la agresión. Ser “fuerte” significa soportar dolor físico y psíquico, y desvalorizar los afectos, en particular la tristeza. “Ser fuertes” es encarar la adversidad sin demostrar emociones (señal de debilidad). “La depresión y sus manifestaciones serán una oportunidad para lograr un nuevo modelo de masculinidad en que sea posible la expresión de afecto y ternura” (HORNSTEIN, 2011).

#### **SUFRIMIENTOS: ENTRE EL REDUCCIONISMO Y LA COMPLEJIDAD**

Agradezcamos a los filósofos de la teoría de la complejidad que nos ayudan a pensar lo actual, en la teoría y en la clínica, como nunca fue pensado antes. La causalidad recursiva reemplaza la linealidad causa-efecto. Los productos son productores de aquello que los produce<sup>15</sup>.

La subjetividad no está aislada ya que interactúa con el medio a través de un constante intercambio. La noción de internalización era muy cómoda. Hoy por hoy es insostenible. Pero ya en “*Duelo y melancolía*” Freud (1920) había postulado que el sujeto está en un proceso de autoorganización, lo que hoy llamamos un sistema abierto. Freud lo dijo. No es una lectura proyectiva. Si no lo escuchamos, si lo escuchamos pero no lo entendimos, si no lo pusimos en práctica, fue porque no pudimos.

¿Cómo escapar al reduccionismo, es decir a la simplificación excesiva en el análisis o estudio de un tema complejo? Para la ideología reduccionista en

biología (*biologicismo*), la subjetividad sería consecuencia de la constitución genética. La ideología reduccionista en psicología (*psicologismo*), hace oídos sordos a los aspectos corporales y a los socio-históricos. El *sociologismo* no considera lo psíquico ni lo corporal.

En la última década los avances de la genética han sido apabullantes. Hay un gen para cada aspecto de nuestras vidas: para la salud y la enfermedad, para la criminalidad, la violencia y hasta para el “consumismo compulsivo”. Para el biologicismo los sufrimientos psíquicos no tendrían que ver con el desempleo, la brecha entre riqueza y pobreza extremas, las injusticias sociales o las formas enfermantes de convivencia. Desmiente así los problemas subjetivos o sociales al pensar solo en causalidades biológicas.

Se ilusionan con que la genética nos daría la clave para pensar el devenir. El conocimiento de los 3000 millones de nucleótidos que forman el genoma humano constituiría la última etapa del conocimiento de lo viviente. El objetivo es convencer al público de que las enfermedades para las que no se ha encontrado una causa microbiana o viral tendrían un origen genético que se acepta matizar con consideraciones sobre el modo de vida (alimentación, cigarrillo, actividad física, ansiedad o depresión).

¡Qué alivio sería encontrar un gen del sufrimiento como lo sería dar con un gen de la felicidad o del fanatismo! La vida tendría la linealidad de un programa: estaría inscrita, en la arborescencia del ADN. Habría ansiosos impregnados por la adrenalina y la serotonina y habría atontados con el cerebro inundado de dopamina. Sin embargo, el misterio del sufrimiento psíquico no se reduce a la genética. La vida tiene la estructura de una promesa, no de un programa. El azar desbarata códigos biológicos y sociológicos.

Por supuesto que lo biológico no debe ser excluido, más allá de la propaganda de las empresas farmacéuticas. Los sujetos no son espíritus libres restringidos solamente por los límites de la imaginación o por los determinantes socioeconómicos. Pero tampoco son máquinas replicadoras de ADN. Son efecto de una interacción constante entre “lo biológico” y “lo social” a través de la cual se construye la historia.

Los sufrimientos deben ser abordados desde el paradigma de la complejidad considerando la acción conjunta de la herencia, la situación personal, la historia, los conflictos, la enfermedad corporal, las condiciones histórico-sociales, las vivencias, el funcionamiento del organismo sin descartar los desequilibrios bioquímicos.

Los pacientes fragmentados por los especialistas devienen presos del nomadismo de los hipocondríacos y van de consulta en consulta. Son escépticos que no creen en ningún tratamiento pero que los prueban todos, acumulan homeopatía, acupuntura, hipnosis y alopatía. Pero no es imposible encontrar al profesional que dialoga. Será la oportunidad de compartir su sufrimiento e inscribirlo en la trama de una historia personal.

<sup>1</sup> El alcoholismo y las adicciones, pueden ser la otra cara del sufrimiento depresivo. Depresión y adicción forman un círculo vicioso. Se busca la euforia artificial para escapar del vacío pero el alivio es pasajero. El daño, en cambio, es duradero y acentúa el sentimiento de culpa o de inferioridad. El alcohol es un desinhibidor que facilita el paso a la acción, pero sus efectos depresógenos son múltiples: biológico (perturbación de los neurotransmisores) sociales (verguenza y rechazo social) y psicológicos (alteración de la autoestima). ¿Por qué un alguien empieza a consumir droga? Porque la sociedad valoriza el vértigo y la excitación y porque los narcotraficantes tienen mucho dinero y pagan publicidad, jueces, abogados, etc. Porque sus amigos han probado y él no se anima a ser diferente. Porque sus ídolos consumen.

<sup>2</sup> La identidad no es un estado sino una búsqueda. Es un tejido de lazos complejos y variables. Un concierto, no siempre armónico de narcisismo, identificaciones, conflictos, versión actual de la historia, la repetición y todo aquello que participa en la constitución del sujeto. La identidad requiere ciertos puntos de referencia, sin los cuales flotaríamos en el vacío (Rother Hornstein, 2006).

<sup>3</sup> Para algunos psicoanalistas, no todos los vínculos actuales significativos tienen relación con lo inconsciente, lo que implica la concepción de un yo autónomo. Otros conciben los vínculos actuales como repetición de los objetos fantaseados. Presentan al psiquismo como un sistema cerrado, tal vez porque la perspectiva es solipsista. Postulo los vínculos actuales como formaciones de compromiso. No hay relación actual significativa que no sea soporte de transferencias y que no remita a la realidad psíquica y, por lo tanto, a la historia. Vincularse con objetos actuales supone un trabajo psíquico de articulación entre objeto fantaseado-pensado y objeto real. No hay autonomía del yo en relación con su historia. Pero tampoco hay autonomía del yo en relación con su realidad actual. Si la hubiera, más que autónomo, el yo sería autista.

<sup>4</sup> Gracias al narcisismo trófico, el yo mantiene la cohesión, la estabilidad (relativa) del sentimiento de sí y la valoración del sentimiento de estima de sí. El narcisismo trófico nutre al psiquismo: conforma al yo, los ideales, las ilusiones y los proyectos. (Hornstein, 2000)

<sup>5</sup> Al que estudia, la metapsicología le permite sistematizar una noción, explicitarla, aclararla, observar contradicciones. A Freud le permite inventar nociones y articularlas. Y eso hace con el yo. Desde el punto de vista tóxico, depende de las reivindicaciones del ello, de los imperativos del superyó y de las exigencias de la realidad. Desde el punto de vista dinámico, representa el polo defensivo del conflicto que pone en marcha una serie de mecanismos de defensa activados a partir de la señal de angustia. Desde el punto de vista económico, permite el pasaje de la energía libre (proceso primario) a la energía ligada (proceso secundario).

<sup>6</sup> La madre imagina por anticipado para su hijo un proyecto que lo ubica como padre o madre futuro. El niño hereda, entre otras, dos relaciones libidinales: la de la madre con su propio padre y la que vive con aquél al que le dio un hijo. El padre es un referente que garantiza que el discurso materno con sus deseos, sus anhelos, sus exigencias, sus prohibiciones sean acordes a lo socio-histórico.

<sup>7</sup> La madre tiene una función frente a las cantidades desorganizantes que vienen de adentro del cuerpo. Entonces está esa madre que sabe reaccionar: el bebé tiene hambre y está presente, puede comprar leche o no puede comprar leche. Ahí tenemos otro tema que siempre se dijo: todos sabemos que la necesidad está satisfecha, el problema es el deseo. ¡El 20% de la humanidad no tiene las necesidades satisfechas! Entonces, ¿cuál es el efecto que el sufrimiento en lo autoconservativo tiene en lo psíquico? Dejemos de lado esta cuestión (pensar el efecto sufrimiento a nivel de la

desnutrición, o de la mala nutrición) pensemos ahora en la madre como aparato protector antiestímulos, tanto los estímulos que vienen del cuerpo como los que vienen de lo social.

<sup>8</sup> El sujeto es un sistema abierto en tanto lo autoorganizan los encuentros, vínculos, traumas, realidad y duelos. Es un sistema casi cerrado, en algunas patologías (melancolía, paranoia). Y todo sujeto tiene algo de sistema cerrado. Al sistema cerrado lo debemos distinguir del “sujeto encerrado” por teorizaciones que postulan que no hay novedades ni azar.

<sup>9</sup> El trabajo de filiación implica abrir un futuro al pasado, oponiendo un olvido pasivo al olvido activo. El pasivo es el de los fundamentos. Perpetúa todo lo que tiene un valor de origen. El olvido activo es lo que Nietzsche denominó la fuerza del olvido. Ese “hacer lugar a lo nuevo” cumple una función liberadora, evitando la parálisis debido al exceso de memoria.

<sup>10</sup> Pensamientos vivos. Son superficies sensibles, pieles apenas rozadas, oscuros repliegues; s que un cuerpo de pensamientos, bonachón y entrado en carnes, una zona de contactos de fronteras erosionadas. Basta una sola cita, un argumento ajeno repetido, un libro mencionado o una obra entera para el borramiento de su nombre propio. Su circulación, su desviación, su transferencia a un lugar lejano al contexto que los vio nacer y la audacia misma de sus usos, contrariamente a las instrucciones de uso de una didáctica de los textos, integran en su conjunto – después de abandonar a su autor, pero antes de ser embalsamados por un corpus – toda la erótica del pensamiento [...]. Se abre así una zona de no-derecho entre censores de origen y propietarios futuros, una zona llena de intersticios al amparo de la cual, lejos de los guardianes de la Obra, los textos serán puestos en práctica: se inscribirán a lo largo de ciertas trayectorias, tatuarán cuerpos, inaugurarán prácticas y congregarán comunidades inéditas (Cusset, 2005).

<sup>11</sup>La modernidad construía en acero; la posmodernidad en plástico biodegradable. Predominan los objetos descartables destinados a una obsolescencia planificada. La modernidad identificó la inteligencia con la razón, cuya meta es la universalidad, y la posmodernidad con la creación estética, pura diferencia. No tenemos por qué optar.

<sup>12</sup> Los exámenes de laboratorio son imprescindibles en el diagnóstico de las enfermedades infecciosas. Pero deben ser sustituidos por un consenso de expertos en otros campos médicos, como el de los factores de riesgo (el índice de colesterol, la tensión arterial, etc.). ¿En qué niveles deben ser vigilados y tratados? La menor modificación en un sentido o en otro se traduce en miles de millones de dólares de más o menos para la industria farmacéutica. Es importante que las decisiones no se tomen ni en el interés exclusivo de la industria farmacéutica ni para reducir las obligaciones de reembolso de la medicina prepaga o de las obras sociales.

<sup>13</sup> Utilizo el término “autoestima” y “sentimiento de estima de sí” como traducción de Selbstgefühl (término utilizado por Freud en “Introducción del narcisismo”). Autoestima comprende, por un lado, la calidad de lo propio (auto); por otro, “estimar” proviene del latín aestimare. María Moliner atribuye a “estimar” dos series semánticas: apreciar, valorar, reconocer el mérito, que remite al afecto, mientras la otra serie remite al discernimiento y al juicio: creer, juzgar, evaluar. Selbstgefühl tiene dos significados. Uno es la conciencia de una persona respecto de sí (sentimiento de sí) y el otro es la vivencia del propio valor respecto de un sistema de ideales (sentimiento de estima de sí). Éste puede ser vivenciado como positivo (orgullo, vitalidad) o como negativo (culpa, vergüenza, inferioridad) (HORNSTEIN, 2000)

<sup>14</sup> Véase Autoestima e identidad (HORNSTEIN, 2011).

<sup>15</sup> “Freud fue un precursor de las teorías de la complejidad. Eso pasó casi desapercibido, puesto que las teorías que elaboraron sus sucesores parecen haberla desconocido. Hoy se va abriendo camino, subrepticamente, cierto retorno al pensamiento lineal. El porvenir dependerá de la forma en que los psicoanalistas partan al encuentro de ese pensamiento de la complejidad” (GREEN, 2010).

## REFERÊNCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AULAGNIER, P. **La violencia de la interpretación**. Buenos Aires: Amorrortu, 1975.
- \_\_\_\_\_. Condenado a investir. En: **Revista de la APA**, 2-3, 1984.
- BECK, U. **La sociedad del riesgo: hacia una nueva modernidad**. Barcelona: Paidós, 1998.
- BINDE, J. **¿Hacia donde se dirigen los valores?** Coloquios del Siglo XXI, FCE, Méjico, 2006.
- BRAUDEL, F. **La historia y las ciencias sociales**. Madrid: Alianza, 1968.
- COMTE-SPONVILLE, A. **Pequeño tratado de las grandes virtudes**, Buenos Aires: Paidós, (2005) [1995].
- CUSSET, F. **French Theory**. Barcelona: Melusina, 2005.
- American Psychiatric Association. **Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders**, 4ª ed., Washington DC., 1994.
- FREUD, S. (1892-1899). Fragmentos de la correspondencia con Fliess. En: **Obras completas**. Buenos Aires: Amorrortu, Tomo I, 1993.
- \_\_\_\_\_. (1926) Inhibición, síntoma y angustia. En: **Obras completas**. Buenos Aires: Amorrortu, Tomo XX, 1993.
- \_\_\_\_\_. (1927) El porvenir de una ilusión. En: **Obras completas**. Buenos Aires, Amorrortu, Tomo. XXI, 1993.
- \_\_\_\_\_. (1930) El malestar en la cultura. En: **Obras completas**. Buenos Aires: Amorrortu, Tomo XX, 1993.
- GREEN, A. **El pensamiento clínico**. Buenos Aires: Amorrortu, 2010.
- HORNSTEIN, L. **Cura psicoanalítica y sublimación**. Buenos Aires: Nueva Visión, 1988.
- \_\_\_\_\_. **Narcisismo, Autoestima, identidad, alteridad**. Buenos Aires: Paidós, 2000.
- \_\_\_\_\_. **Intersubjetividad y clínica**. Buenos Aires: Paidós, 2003.
- \_\_\_\_\_. La subjetividad y lo histórico social. En: \_\_\_\_\_. (comp.) **Proyecto Terapéutico**. Buenos Aires: Paidós, 2004.
- \_\_\_\_\_. **Las depresiones**. Buenos Aires: Paidós, 2006.
- \_\_\_\_\_. **Autoestima e identidad: narcisismo y valores sociales**. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2011.
- LERNER, H., STERNBACH, S. **Organizaciones fronterizas**. Buenos Aires: Lugar, 2007.
- NIETZSCHE, F. **Obras completas**. Buenos Aires: Aguilar, 1967.
- ROTHER HORNSTEIN, M.C. **Adolescencias: trayectorias turbulentas**. Buenos Aires: Paidós, 2006.

